

ROMAIN GAIGNARD

## EL ESTUDIO DE LOS PAISAJES AGRARIOS EN FRANCIA

Desde hace muchos años, el análisis de los paisajes rurales constituye un tema predilecto de la investigación geográfica francesa. La infinita diversidad de dichos paisajes y los múltiples matices, que traducen una larga y compleja marca humana en el medio natural, debían tentar a la vez al geógrafo y al historiador. De hecho, es un historiador, Marc Bloch, quien, en 1931, en una obra de rara amplitud de miras ha promovido este tipo de estudios<sup>1</sup>. Bloch llamó la atención de geógrafos e historiadores sobre la contraposición fundamental entre paisajes de campos abiertos (*champhagnes, openfield*), ligados a menudo a un habitat concentrado, y de campos cerrados (*bocage*) sembrados frecuentemente en un habitat disperso. Los primeros dominan en el noreste y los segundos en el oeste de Francia como así también de Europa. Las hipótesis y los análisis de Marc Bloch fueron el punto de partida de numerosas investigaciones que, aseguran hoy un conocimiento muy profundizado de esos paisajes y matizan cada vez más las grandes oposiciones y las grandes explicaciones sistemáticas prematuramente sostenidas y avanzadas. En Francia, varias importantes tesis de geografía humana, acaban de ser consagradas, total o parcialmente, al análisis de estructuras agrarias<sup>2</sup> y algunos artículos notables proponen nuevos métodos y nuevas soluciones. El valor de estos trabajos y de los elaborados en otros países (especialmente en Alemania, Inglaterra, Suecia y Dinamarca) ha permitido la realización de un coloquio dedicado a una primera confrontación de las in-

---

<sup>1</sup> BLOCH, M., *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2<sup>e</sup> édition, Paris, 1952. Algunos años más tarde un geógrafo, formado en las disciplinas históricas, DION, R., publicaba a su vez un *Essai sur la formation du paysage rural français*, Tours, 1934.

<sup>2</sup> DERRUAU, M., *La Grande Limagne auvergnate et bourbonnaise*, Grenoble, 1949, 542 p.

JUILLARD, E., *La vie rurale dans la plaine de Basse-Alsace*, Strasbourg-Paris, 1953, 582 p.

LEBEAU, R., *La vie rurale dans les montagnes du Jura méridional*, Trévoux, 1955, 603 p.

PHILIPPONNEAU, M., *La vie rurale de la banlieue parisienne*, Paris, 1956, 503 p.

MOREAU, P., *La vie rurale dans le Sud-Est du Bassin Parisien entre les vallées de l'Amançon et de la Loire*, Paris, 1958, 339 p.

BRUNET, P., *Structure agraire et économie rurale des plateaux tertiaires entre la Seine et l'Oise*, Caen, 1960, 552 p.

vestigaciones en desarrollo<sup>3</sup> y la publicación de una excelente y breve síntesis escrita por un eminente especialista<sup>4</sup>.

Nos proponemos aquí presentar rápidamente las más destacadas de esas recientes publicaciones, lo cual nos permitirá aclarar los métodos y las ambiciones de un dominio de la geografía que los especialistas debemos difundir y experimentar en Argentina.

\* \* \*

En las 200 pequeñas páginas que le reservaba la colección A. Colin, A. Meynier ha sabido ofrecernos una notable clasificación y una discusión preciosa de *los paisajes agrarios*. Preferimos igualmente esta terminología como más geográfica que *las estructuras agrarias*. Antes de explicarlos, el geógrafo debe en primer término describir los paisajes naturales y humanos. Hará, verdaderamente, obra de geógrafo, si se propone aclarar concretamente el conjunto y los distintos elementos de estos paisajes. Así podrá escapar mejor a un doble peligro: la abstracción del teórico y el "imperialismo" a expensas de las otras ciencias humanas. Ahora bien, ¿la descripción científica de los paisajes agrarios no es, por excelencia, un dominio geográfico, en el cual el investigador puede demostrar sus cualidades de síntesis reuniendo y organizando el conjunto de los datos históricos, económicos, sociales, demográficos que confluyen en la explicación?

La noción de paisaje agrario supone el apoderamiento del suelo por el hombre, mediante el ordenamiento, al menos parcial, de campos cultivados. El paisaje agrario resulta de la disposición de las tierras cultivadas, arboladas y sin cultivo en una misma unidad sociogeográfica, el *terroir*, que corresponde a menudo a lo que se llama *finage* de cada pueblo<sup>5</sup>. Presenta una

<sup>3</sup> Coloquio internacional de Geografía e Historia agrarias reunido en Nancy del 2 al 7 de setiembre de 1957. Las investigaciones francesas habían sido presentadas en una publicación de JULLIARD, E., MEYNIER, A., DE PLANHOL, X., SAUTTER, G., *Structures agraires et paysages ruraux. Un quart de siècle de recherches françaises*, en "Annales de l'Est", Mémoire n° 17, Nancy, 1957, 188 p.

<sup>4</sup> MEYNIER, A., *Les paysages agraires*, Paris, A. Colin (Coll. Colin), 1958, 199 p. Con una perspectiva diferente, pero cercana, recordemos las reflexiones y los ejemplos regionales de la excelente obra de GEORGE, P., *La campagne. Le fait rural à travers le monde*, Paris, Presses Universitaires de France, 1956, 397 p.

<sup>5</sup> Parece imposible encontrar un correspondiente castellano del término *terroir*, cuya definición es ya muy compleja y cargada de subjetividad en francés. Actualmente se tiene tendencia a diferenciar el *terroir* del *finage*. El *finage* es el conjunto de territorio cultivado comprendido en los límites administrativos de la comuna. Puede fragmentarse en varios *terroirs* o, por el contrario, formar parte con otros *finages*, de un mismo *terroir*, ya que éste se define como un "sector del territorio cultivado que presenta caracteres particulares de relieve, de clima y de suelo, y corresponde a una utilización cultural determinada" (seguimos la definición propuesta por Lebeau en su tesis). Destaquemos que en el coloquio de Nancy de 1957, se creó una comisión encargada de establecer un vocabulario internacional, por el momento en tres lenguas: francés, inglés y alemán. Hacemos votos para que dicho léxico sea extendido pronto al español.

gran variedad de *dibujos* de los campos, cuyo análisis y representación constituye la *morfología agraria*. Esta observación del modelado agrario comprende también el estudio de las líneas de contacto entre los campos, cercados o no, y según diversas fórmulas. En fin, la *utilización del suelo*, es decir, los *sistemas de cultivo* empleados, aporta un último toque al *paisaje agrario*. Éste traduce, en gran parte, una *estructura agraria* que hay que penetrar y representar cartográficamente: régimen y repartición concreta de la propiedad en cada *terroir*, modos de explotación, implantación del habitat, ligados a una cierta evolución de las condiciones demográficas, económicas y sociales.

A. Meynier presenta con maestría, matizadamente, los grandes tipos de paisajes agrarios, según un plan geográfico regional. Se entiende que la extrema complejidad de los paisajes europeos da motivo a una notable síntesis de las oposiciones clásicas entre los campos abiertos de Europa central, los países de cercos de Europa atlántica y las múltiples combinaciones de Europa meridional. Sin retomar la discusión, nos limitaremos a presentar aquí las principales conclusiones. El *openfield* es definido por "la ausencia de cierre, el agrupamiento de las parcelas en paños, las formas ordenadas y en tiras de las parcelas". El habitat se concentra generalmente en pueblos de tipos variados. El *bocage* se opone directamente al *openfield* por los cercos construidos y/o plantados que recortan el campo en mallas irregulares que corresponden a menudo al número de parcelas. El habitat es más o menos disperso, lo cual otorga un sello particular de aislamiento a la vida campesina de los países de cercos. Los dos dominios se interpenetran a menudo y se degradan hacia el sur de Europa en una multitud de formas aún mal dominadas y clasificadas a causa de la infinidad de matices. Sin embargo, algunos rasgos originales: la discontinuidad de la ocupación agraria, la adaptación directa al relieve (oposición de laderas y llanos) y las formas de lucha contra un clima difícil (organización de la irrigación, difusión del árbol consociado, aprovechamiento de antiguos pantanos).

Faltaría espacio para presentar aquí las 30 páginas —de un estilo muy denso, donde cada línea evoca un trabajo de primera mano consultado y discutido— que el autor consagra sucesivamente a los paisajes creados por la expansión de los europeos fuera de su continente (cuadrados de las praderas norteamericanas y pampeanas, grandes plantaciones capitalistas del Asia de los monzones, explotaciones sudamericanas) y a los paisajes ordenados poco a poco por los pueblos de las regiones intertropicales.

La segunda parte trata de analizar, componente por componente, los diversos *factores de la formación de los paisajes agrarios*: factores mentales, religiosos sobre todo jurídico sociales, físicos (adaptación a la pendiente de las laderas, protección contra el viento por cortinas de árboles, dominio del agua, adaptación a los suelos superficiales), étnicos y, en fin, la importan-



cia del medio técnico (métodos y medios de desmonte o de drenaje, instrumentos y métodos de cultivo, las rotaciones y la selección de los cultivos) y la influencia del medio económico y de los factores políticos y sociales (reagrupamiento administrativo de las parcelas en Francia, reorganización de los *terroirs* en la economía socialista, por ejemplo).

Esta encuesta, puramente analítica, cede su lugar en una tercera parte a una discusión original y profunda sobre *grandes problemas de los paisajes agrarios*, como una demostración de que "el verdadero método geográfico" es "por esencia sintético" y de que el geógrafo debe "tratar de aprehender la realidad en su conjunto, en su contexto histórico y geográfico" (p. 147). Se extraerá el mayor provecho de un estudio cuidadoso de los tres capítulos consagrados a la *génesis y a la formación del openfield*, a las *causas de la creación de los cercos* y, en fin, a la evolución de ambas formas. Ninguna hipótesis, ningún argumento es dejado de lado en esta discusión crítica severa y precisa, quizá incluso demasiado severa en la medida en que el autor, por cuidado de objetividad científica, se rehusa a asumir aún en mayor grado su responsabilidad y a mostrar claramente las vías de una respuesta válida.

En suma, el mayor problema que apasiona siempre a los investigadores es explicar la coexistencia, en Francia y en Europa, de los dos paisajes abiertos y de cercos. En esta gran controversia, que animan sin cesar nuevos estudios particulares, sensibles a captar los paisajes reales, sin plegarse a las teorías abusivamente generalizadoras, siguen enfrentándose esencialmente dos opciones, las cuales son evocadas por A. Meynier en su conclusión. Los paisajes agrarios constituyen el reflejo —dice M. Champier— de una antigua adaptación de un fondo psicológico común a condiciones naturales o sociales localmente diversas, la resultante de una serie de deformaciones locales de una misma organización primitiva del suelo. Pero tal concepción parcializa los términos del problema, justifica tal o cual excepción, no explica el enfrentamiento de grandes conjuntos de paisajes comprensivos, como el *openfield* o el *bocage*. ¿Puede entonces evocarse el papel de *civilizaciones agrarias* diversas desde el comienzo, que crean inmediatamente otros tantos paisajes agrarios, como parece pensarlo, con muchas restricciones, A. Meynier? Civilizaciones poco a poco modificadas o trastornadas, incluso destruidas, pero de las cuales siguen siendo testimonio la estructura y la morfología agrarias, de transformación extraordinariamente lenta.

Por sobre esta divergencia fundamental entre "estáticos" y "dinámicos", no hay que olvidar la muy larga historia de los paisajes del Viejo Mundo. Algunos paisajes rurales franceses son verdaderos palimpsestos que el geógrafo tiene que descifrar aprendiendo del historiador a datar los distintos aportes que han conducido a la fisonomía actual. Por otra parte, sin duda será necesario tener más en cuenta aún las estructuras sociales, que por su presión en el medio rural han moldeado y moldean ante nuestros ojos la faz

de los campos. La rapidez y la amplitud de las transformaciones de los paisajes agrarios europeos, sin embargo tradicionalmente estables y dotados de una gran fuerza de inercia, la creación de las formas coloniales de vida rural, esta evolución acelerada que prosigue, ¿no debe ser vinculada, en gran parte, al desarrollo de nuevas estructuras, de nuevas mentalidades socioeconómicas como consecuencia de la expansión del capitalismo comercial y de la revolución industrial? <sup>6</sup>.

Con la síntesis del Prof. Meynier poseemos un excelente compendio, un manual claro y didáctico para nuestros estudiantes, una obra de base a la cual deberán referirse sin cesar todos los que se interesan por los paisajes rurales.

\* \* \*

Sin embargo, un análisis de algunos trabajos recientes, permite aprehender mejor los fines y los métodos de los especialistas y extraer algunas de las grandes tendencias de la investigación.

E. Juillard ha querido enfrentar un problema actual e indicar los elementos de una solución <sup>7</sup>: cómo la rica llanura de Alsacia no es ya capaz de subvenir a las necesidades de su población. La respuesta se encuentra en la contradicción entre formas y estructuras agrarias antiguas, por una parte; y potencial técnico y exigencias de la sociedad actual, por la otra. Porque, es en estas buenas comarcas, llanuras y mesetas limosas de *openfield*, "cuna de la más antigua agricultura europea y hace cien años a la cabeza del progreso agrícola", donde la adaptación a las nuevas condiciones nacidas de la revolución industrial ha sido a menudo más delicada y más difícil. Adaptación delicada y difícil por el peso mismo de un pasado brillante, de una sociedad rural antiguamente organizada, de un paisaje agrario lentamente modelado, pero convertido hoy en obstáculo. Es el caso de varias llanuras agrícolas que no han atraído la gran industria, como supo hacerlo Flandes, ni el gran capitalismo territorial, como lo lograron las mesetas de la región parisiense. El autor ha elegido una de esas regiones, donde los problemas

<sup>6</sup> ¿No sería conveniente, quizá, orientarse más al análisis de las profundas modificaciones de los paisajes y de las estructuras agrarias ligadas a la revolución agrícola? FAUCHER, D., *La Révolution agricole des XVIII-XIX<sup>e</sup> siècles*, en "Bulletin de la Société d'Histoire Moderne", Paris, 1956, pp. 2-11.

<sup>7</sup> De donde el subtítulo de la obra: *estudio de geografía social*. Juillard da la explicación: la geografía "estudia este sustrato espacial de las sociedades... que deberá siempre algo a los datos naturales y conservará además la huella más o menos visible de las fases terminadas de su ordenamiento. Sin embargo, esta organización del paisaje no es sino la combinación, con el medio natural, de todos los factores económicos, sociales, psicológicos, que interfieren en la región... ¿Qué otra tarea más exaltante —después de haberse esforzado con toda independencia de espíritu en explicar el estado presente de los campos—, que la de unirse al realizador para dar a su política las bases científicas que demasiado a menudo le faltan y para buscar con él las medidas más eficaces y los puntos de aplicación más oportunos?" (pp. 7-8).

se presentaban de una manera homogénea y en su estado más crítico: la llanura de la Baja Alsacia, centrada alrededor de Estrasburgo, de Selestat hasta la frontera alemana. Entre los Vosgos y el Rin, la homogeneidad aparente de la llanura se matiza: el *Land* es la buena comarca, el campo loésico completamente cultivado; el *Hart*, los bosques que recubren las terrazas desprovistas de loes y las colinas del pie de los Vosgos; el *Ried*, los sectores bajos y húmedos, pantanosos, cerca del río.

El propósito del autor es esencialmente comprender una evolución y el plan lo indica bien, ya que reserva la mejor parte a la historia. Una primera parte aprehende *el cuadro tradicional* hacia 1700 y dibuja lo que permanecerá como el fundamento del paisaje agrario; la segunda parte analiza *la crisis del mundo rural* bajo el efecto de la revolución industrial; en conclusión, E. Juillard busca definir los elementos de una *política rural*. A partir de un policultivo cerealista rico se había constituido una civilización agraria organizada colectivamente en este país de campos abiertos y de habitat concentrado. Los primeros efectos de la revolución agrícola se traducen hasta la mitad del siglo XIX por una expansión demográfica, el reparto de las tierras comunales y el drenaje del *Ried*, como así también por una afirmación de los grupos aldeanos en el cuadro de la pequeña propiedad con explotación directa. A mediados del siglo XIX la Baja Alsacia presenta un policultivo modelo sin barbecho, uniendo los cereales con la viña y los cultivos industriales. Pero ya la tierra está superpoblada y lo demuestra una cierta emigración. El impulso de la industrialización, cada vez más concentrada, provoca una ruptura del equilibrio demográfico con emigración hacia la ciudad industrial (sobre todo a Estrasburgo) y un envejecimiento de la población rural. Se intentan algunos esfuerzos, tales como el desarrollo de la ganadería y de los cultivos forrajeros, ensayos diversos más o menos felices de cultivos especializados (industriales, hortícolas, frutales); pero fundamentalmente el campesino sigue atado al policultivo.

Hoy día, el trabajo encarnizado del alsaciano no tiene sino una mediocre productividad, a causa de la falta de tecnificación, pero también de una estructura agraria extremadamente parcelada. La sociedad rural también se ha transformado. El retroceso de la gran explotación —porque la burguesía urbana y rural ha invertido sus capitales en la industria— y el desarrollo de las ciudades industriales y de los medios de transporte, hacen resaltar un rasgo original: los progresos de un género de vida mixto extremadamente fatigoso, el de obrero-campesino (menos del 40 % de los rurales viven de la agricultura), cuyo balance social y humano no puede sino ser negativo. Así se mantiene una densidad rural muy elevada; una mano de obra demasiado numerosa produce demasiado poco y demasiado caro, y sobre todo introduce pocos productos en el circuito comercial a causa de la amplitud del autoconsumo. Queda mucho por hacer para integrar válidamente estos



ricos campos de Baja Alsacia dentro de la economía industrial de nuestra época <sup>8</sup>.

El análisis de esa evolución y de sus consecuencias, constituye evidentemente el mayor interés de esa gran tesis de geografía humana. ¡Magnífico ejemplo de los problemas que plantea en Europa el peso de un largo pasado que sigue inscribiéndose en el paisaje que ha modelado! Además, el especialista extraerá gran provecho de la cuidadosa lectura del segundo capítulo, consagrado justamente a la *formación del paisaje rural*. La marcha es característica. Después de haber presentado, en las primeras cien páginas, la *civilización agraria* con la organización social y económica de la comunidad rural, adaptación regional de un esquema común a todo el noreste de Francia, el autor se consagra a delimitar las "invitaciones de la naturaleza", distinguiendo las aptitudes físicas de los distintos *terroirs* —estudio climatológico, morfológico y pedológico a la vez. Ahora bien, por sobre estos matices domina la impresión de unidad; los contrastes del medio natural son obliterados por el paisaje agrario ordenado por una civilización rural tradicional organizada en comunidades aldeanas concentradas. En consecuencia, el tercer elemento de la explicación reposa en el análisis del *pueblo y de su finage*. E. Juillard recuerda que nos encontramos aquí en la gran zona del habitat agrupado, en medio de campos cultivados, sometidos a rotación, y sin cercos. De las diversas causas que anotaba A. Demangeon en su gran artículo de 1927 <sup>9</sup>, Juillard retiene fundamentalmente aquí la tradición comunitaria, o sea un hecho de civilización. El autor jalona la historia de una evolución continua hacia una concentración cada vez más acusada del habitat rural, desde el neolítico hasta nuestros días (el porcentaje de la población dispersa, calculado en las 440 comunas, es ínfimo y nulo en la llanura loésica). A continuación viene el análisis de la vivienda rural y de la forma de los pueblos, "expresión de un sistema económico y de una estructura social" (p. 133), análisis que se apoya en una serie de fotografías y de planos característicos. En fin, se llega al estudio del *finage* de esos pueblos, el cual debe considerarse regionalmente. Desmante muy amplio, extensión de las tierras labrantías, parcelamiento del suelo, densidad del habitat: otros tantos rasgos de conjunto que hay que matizar según las indicaciones del medio físico.

Terminado este largo análisis, se puede intentar una síntesis y estudiar

---

<sup>8</sup> JUILLARD preconiza una especialización matizada. En el cuadro de un óptimo de 20 Ha por propiedad, sería necesario suprimir 12.000 de las 35.000 explotaciones, disminuir la población rural a la mitad, o descentralizar la industria... Y se trata de una región próspera con infraestructura densa: ¡se ve que, incluso en la vieja Europa, tareas muy rudas esperan a los planificadores del desarrollo económico!

<sup>9</sup> DEMANGEON, A., *La géographie de l'habitat rural*, en "Annales de Géographie", Paris, 1927. Cf. *Problèmes de Géographie Humaine*, Paris, 1942, p. 185 sq. Cf. también traducción castellana de esta última: *Problemas de Geografía Humana*, trad. de Rocío de Terán, Barcelona, Omega, 1956, pp. 81-125.

en conclusión la *génesis del paisaje rural*. Son 40 preciosas páginas que constituyen una verdadera lección de metodología aplicada. Los documentos de que disponemos son textos y planos antiguos, hallazgos arqueológicos e indicios obtenidos de la toponimia. El geógrafo los confronta y los combina; pero, sobre todo se esfuerza por “ubicar muy exactamente los datos que proporcionan y por completarlos por medio de un estudio profundo del terreno”, a fin de *localizar* cuidadosamente los hechos y también interpretar las enseñanzas de la morfología y arqueología agrarias. Juillard cita con este fin el ejemplo de los *Ackerberge*, pequeñas crestas de alrededor de un metro que se forman en el lugar en que el arado, al volver en el extremo del surco, deja caer la tierra que ha acumulado en sus piezas. Una “cresta de labranza” de un metro exigiría alrededor de 20 siglos para formarse, ya que hay que tener en cuenta la erosión. Eso demuestra la importancia de este testimonio, para delimitar y datar las principales parcelas y apreciar la estabilidad del modelado agrario.

El autor sigue los progresos de los desmontes a partir de la instalación de los agricultores neolíticos en el loes. Llega a la conclusión de una ocupación casi completa de las regiones loésicas ya antes de la Edad Media (se advierten los indicios de una *centuriation* romana que permanece a ombrosamente marcada en el modelado agrario actual de la llanura de Erstein — fot. aérea p. 172). Los desforestadores medievales han atacado las zonas marginales, *Ried*, *Hart*, colinas del pie de los Vosgos, completamente organizadas ya en el siglo XIII.

Todo análisis de la ocupación del suelo debe comportar igualmente un estudio del parcelamiento agrario. Alsacia forma parte del dominio de los terrenos de labranza en parcelas alargadas extremadamente divididas: ¡en 1859, 1.400.000 parcelas labradas de 12 áreas de superficie media! Se advierte una tendencia continuada a la división del suelo hasta mediados del siglo pasado por repartición de los terrenos comunales entre las familias del pueblo, por el loteo de los bienes señoriales y eclesiásticos puestos en venta, por las particiones debidas a sucesiones, dividiendo longitudinalmente en dos las franjas ya reducidas a algunos metros de ancho . . . El autor retoma entonces el problema en cada una de las subregiones delimitadas; pero la evolución del conjunto permanece constante. Dos factores se combinan. Por una parte, el espíritu comunitario y un sentimiento de justicia igualitaria del antiguo grupo humano conducen a un reparto continuo. Por la otra, la justa división deberá traducirse en porciones pequeñas y diversamente situadas: técnicamente esto supone un alargamiento notable de cada parcela para limitar el número de giros del arado en el extremo del campo, una longitud óptima de 250 m sugerida por la fuerza de tracción de una sola marcha del caballo y un ancho mínimo de 4 a 5 m de acuerdo con la amplitud de los brazos del sembrador al efectuar su tarea.



Para mostrar todo el valor de la tesis del Prof. Juillard, destaquemos que incluye 4 grandes mapas (utilización del suelo en 1938, estructura de las explotaciones agrícolas en 1942, tipos de comunas según sus funciones dominantes, principales regiones) y 68 croquis, planos o fotografías, una importante bibliografía crítica y 50 páginas de apéndices estadísticos. El conjunto representa una mina para el trabajador que quiera iniciarse en los métodos de la geografía rural francesa y en algunos de los múltiples problemas que plantean la interpretación y la transformación de los paisajes agrarios europeos.

\* \* \*

Este análisis un poco detallado de la obra del Prof. Juillard nos exime de presentar tan ampliamente los otros trabajos más recientemente publicados. Si bien los problemas y los cuadros regionales son distintos, los métodos son cercanos y no volveremos sobre ellos salvo para subrayar la originalidad de nuevas vías de investigaciones abiertas por esos autores.

En su tesis sobre el Jura meridional, R. Lebeau se consagra a los paisajes y a los problemas de una montaña profundamente humanizada. Se trata de una pequeña parte del Jura, una elevada comarca ya ruda, por encima de la Bresse *bocagère* y verdeante, un conjunto de mesetas y de pliegues calcáreos excavados por la erosión, una montaña de severo clima pero abierta al sur mediterráneo donde las veranadas y los bosques de pinos se encuentran próximos a las viñas y los montes frutales.

El plan es distinto, sin duda más geográfico, dado que el autor no enfrenta un problema, como E. Juillard, sino que analiza en todos sus elementos, la vida rural de una región compleja. La primera parte (150 páginas) presenta, pues, la *trama del paisaje rural: pueblos, casas y campos*; la segunda (130 páginas), estudia las *condiciones sociales y demográficas de la vida rural*, cuyas transformaciones económicas después de la revolución industrial son minuciosamente descritas en la tercera parte (110 páginas) para permitir al autor concluir su obra consagrando 80 páginas a la presentación, segura y precisa, de los *géneros de vida actuales*.

Sin embargo, R. Lebeau ha elegido su dominio en función de dos consideraciones. En primer término, se trata de una región montañosa, con varios pisos de *terroirs*, donde el campesino se desplaza del pie a la cumbre a lo largo del año, y con infinitos matices locales, un verdadero muestreo de células humanas que hacía difícil la tarea del investigador. Pero, en segundo lugar, este tabicamiento aparente se inscribe en la gran zona de transición entre los paisajes y civilizaciones agrarias del norte, y las del sur mediterráneo (*Midi*). En este enfrentamiento complejo reside, para nosotros, el

interés mayor del libro. Nos limitaremos a evocar los aspectos directamente vinculados con el tema de esta crónica.

En el Jura meridional se entremezclan las dos grandes fórmulas de organización del paisaje rural. La parte septentrional (*Haut Bugey*) representa el extremo avance hacia el sur de la gran zona de habitat concentrado de Francia del norte. En *terroirs* llanos y fértiles (amplias mesetas y *vauux* de fondo ampliamente desgastado) se instalan grandes pueblos en el centro de su *finage* de *openfield* tradicionalmente cerealistas en estas tierras calcáreas. La forma dominante es un habitat de caseríos, un conjunto de células rurales menudas y aproximadas, constituidas en función de un relieve dividido (cada *finage* asocia el fondo, las laderas, las cimas) con una antigua rotación bienal de acuerdo con una fórmula meridional: la viña en parrales y los árboles frutales se asocian al cultivo cerealista.

Esta notable oposición, muy matizada en los detalles, conduce al autor a interrogarse sobre la instalación de estas formas. Tenemos aquí, magníficamente estudiado, un hermoso ejemplo de ocupación del suelo en medio montañoso. Por supuesto, el poblamiento ha sido tardío. La ola neolítica ha quedado en la periferia. La primera instalación humana es céltica. A ella se deben los grandes pueblos concentrados, con caminos irradiantes, en las mejores tierras llanas de los *vauux* septentrionales. La ocupación galo-romana debe contentarse con los valles meridionales más exiguos y se fragmenta en *villae* que se convirtieron en otros tantos caseríos. Es difícil seguir la conquista del suelo durante la época medieval. En el alto medioevo el hombre vuelve a instalarse en los anchos valles y desforestaciones monásticas libran las altas superficies: segunda fase, pues, de colonización en grandes pueblos concentrados en medio de amplios *finages* de campos abiertos. La colonización posterior, aunque siempre colectiva, debe fragmentarse en numerosas unidades aproximadas (caseríos) a medida que se ocupan los múltiples valles y vertientes del Jura meridional. El encierro aparece cuando ya no hay más lugar para una estructura comunitaria o cuando ésta se disgrega bajo la influencia de nuevas condiciones económicas y sociales. De donde la abundancia de formas de transición. En fin, la colonización moderna —siglos XVI y XVII— es individualista. Ella crea un plantío de granjas aisladas en la alta cadena y sobre todo un habitat disperso intercalado en las márgenes más cálidas de la montaña, orientadas hacia los cultivos especializados, especialmente la viña.

Será necesario estudiar cuidadosamente este notable análisis de un paisaje agrario tan complejo, los matices que van desde las *champagnes* ampliamente abiertas del Haut Bugey hasta las formas "meridionalizadas" de sus márgenes y hasta los *semibecages* de las comarcas del sur. De una manera muy geográfica, el autor conduce su demostración apoyándose en mapas que son verdaderos instrumentos de trabajo. Sobre la base de los resultados

por comuna, presenta un mapa de la dispersión del habitat<sup>10</sup>. Extrae del mapa en escala 1:80.000, nueve ejemplos de los distintos tipos de habitat y de *terroir*. Sigue, a través de 5 mapas, la ocupación neolítica (según las estaciones prehistóricas), galo-romana (según los vestigios del habitat), antigua (según la toponimia precéltica, céltica y galo-romana), en la víspera de las grandes invasiones medievales (síntesis de los tres mapas precedentes) y, en fin, el poblamiento medieval y moderno, agrupado y disperso (según la toponimia y una encuesta de 1666). Debe entenderse que se encontrarán aún numerosos croquis y planos de viviendas (reagrupados en un mapa de los tipos de vivienda rural), numerosas muestras significativas de planos catastrales y, en fin, un valioso mapa de los paisajes agrarios<sup>11</sup>.

La profundidad del análisis de esta región de transición y de enfrentamiento, permite presentar conclusiones de valor general. Dado que el contraste entre Haut Bugey y las márgenes meridionales se extiende a toda Francia, opone los *finages* de rotación trienal con costumbres comunitarias y habitat concentrado que cubren la Francia del norte y del noreste, a los *finages* de rotación bienal, de libertad agraria, de habitat en caseríos del oeste y del centro sur de Francia. Se trata, pues, como en Limagne, como en la llanura del Saona, de "uno de esos umbrales donde han venido a expirar influencias humanas surgidas de los países del norte y del *Midi*. En realidad, se trata de un paisaje mixto, creado con aportes y retoques sucesivos" de un individualismo agrario meridional que han trabajado sobre la base de una misma estructura agraria: todos los *finages* del Jura del sur cualquiera sea la estructura del habitat presentan una organización en caminos irradiantes que reúnen campos antes descubiertos y ahora más o menos cerrados. Este rechazo de la tesis del choque de dos civilizaciones totalmente opuestas es una conclusión importante que abre el camino a nuevas investigaciones sobre los paisajes meridionales de transición, que quisieramos tan minuciosas, tan valiosas y tan eficaces como las de R. Lebeau<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> Para cada comuna, el coeficiente  $K = \frac{\text{Población de las instalaciones humanas}}{\text{Población total}}$  apartadas de la cabecera  $\times$  número de instalaciones. Esta fórmula ha sido aplicada para levantar la carta del grado de dispersión del habitat en el *Atlas de Francia*.

<sup>11</sup> La sola indicación de los nueve tipos representados da una idea de la complejidad de tal representación: *champagnes*, *champagnes* desorganizadas de las montañas bajas occidentales, *openfields* perfectos, *champagnes* de aspecto *bocager*, *semibocages* de las márgenes del suroeste, *semibocages* vitícolas y aspecto de jardín debido a la extensión de los parrales en la cuenca cálida de Belley (orilla derecha del Ródano), *bocage* de Bresse, *finages* de desforestación individual de las altas regiones.

<sup>12</sup> Hemos reservado nuestro análisis a un aspecto de la tesis de LEBEAU; pero se encontrará en su libro un notable estudio, extremadamente rico en enseñanzas, de las transformaciones geográficas de la montaña jurásica y de sus bajas comarcas marginales, desde hace un siglo. Una abundante ilustración (67 cartas y croquis, 14 planchas fotográficas), una bibliografía clasificada de 534 números, una presentación elegante a pesar de un texto muy denso, concurren para hacer de esta tesis un libro bueno y agradable.



En este sentido, R. Brunet acaba de publicar un interesante artículo sobre los paisajes rurales del sudoeste de Francia<sup>13</sup>. El análisis exhaustivo de la cubierta fotográfica aérea, permite al autor la clasificación de estos paisajes hasta ahora descuidados o tocados superficialmente a causa de su misma complejidad. Entre los Pirineos y el valle medio del Garona, entre Armagnac y las proximidades del Macizo Central y del viñedo del Languedoc, se extiende un conjunto de lomas y pequeños valles recortados en la molasa e interrumpidos por algunos grandes valles o llanuras aluviales del Garona y sus afluentes. A estos dos conjuntos naturales corresponden dos grupos de paisajes: el habitat disperso en medio de parcelas compactas incompletamente rodeadas por setos, de las colinas del "terrefort", se opone al habitat concentrado en grandes pueblos, rodeados de campos abiertos más alargados. Pero la lectura de las fotografías aéreas conduce a matizar frecuentemente este esquema y a establecer un mapa a la vez claro y muy completo de los múltiples paisajes advertidos, mapa cuyo método de realización es un ejemplo muy valioso.

En realidad, no es posible atenerse en Aquitania a las grandes oposiciones de estructuras y de civilizaciones, y es necesario volver a meditar sobre los problemas y las explicaciones. El *bocage* aparente del *terrefort* es muy laxo y muy incompleto, parcelamientos geométricos vienen a contrariar la leyenda de una estructura agraria informe; igualmente los campos abiertos de las llanuras a veces se rodean de setos y el habitat se dispersa frecuentemente. Es difícil calificar tales paisajes. Aquí el modo de contacto entre las parcelas, no puede constituir el elemento determinante de una definición y de una explicación. El cerco es raro y discontinuo (pequeñas murallas de piedra en los terrenos calcáreos, setos que sostienen la tierra en las pendientes de ciertos pequeños valles o que demuestran una deforestación moderna), de todas maneras no crea un *bocage* ni suprime un *openfield*. De allí la originalidad de la búsqueda de Brunet: lo importante no es el cerco, sino que los contrastes más significativos son dados por la forma y la dimensión de las parcelas. El autor reencuentra el mismo alargamiento de las parcelas en *terroir* plano y homogéneo, para lo cual propone la misma explicación técnica de sus predecesores. Pero distingue parcelas alargadas y cintas finamente estiradas. Éstas corresponden a la presencia de grupos importantes de pequeños propietarios. ¿Antigüedad de una ocupación del suelo homogénea y comunitaria? ¿*Centuriation* romana? ¿Redistribución medieval en el momento de la creación de los nuevos pueblos por la autori-

---

<sup>13</sup> BRUNET, R., *Les paysages ruraux de l'Aquitaine du Sud-Est*, en "Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest", t. XXXI (Bordeaux-Toulouse, 1960), pp. 233-276.

dad señorial (*bastides*)? Falto de una encuesta histórica profundizada, el autor no puede responder. Pero la simple correlación de una estructura agraria en tiras y de una estructura social homogénea de pequeños propietarios abre ya nuevas perspectivas de trabajo. A pesar de las "solicitaciones" del relieve y de los suelos, lo esencial de la explicación debe ser buscado en "la estructura de las sociedades humanas", cuya flexibilidad de adaptación es infinita. El análisis comparado de la superficie de las explotaciones y de la superficie de las parcelas (calculada por medio de las fotografías aéreas) permite afirmar que "esta última siempre aumenta con el tamaño de las explotaciones<sup>14</sup>: división territorial y parcelamiento están estrechamente ligados" (p. 269). Los inmensos "*campos-bloques*" corresponden a los "*castillos*", grandes dominios en explotación directa. En la región de Toulouse, el proceso continúa aún ante nuestra vista, con el desarrollo de la gran propiedad que ensancha los campos y abate los setos<sup>15</sup>. Por el contrario, las pequeñas parcelas corresponden a las pequeñas propiedades, por ejemplo vitícolas u hortícolas de los suburbios. La conclusión es neta: "la explicación de los matices en la extensión de las parcelas y, en consecuencia, de numerosos rasgos del paisaje agrario" reside en los matices regionales de la explotación de las tierras. Se trata, pues, de reencontrar la historia del poblamiento acordando más atención que hasta ahora a la organización social de los desforestadores y a su evolución, dado que —concluye el autor— "la estructura social es el único factor que se impone al hombre y que éste no tiene el poder de modificar, salvo circunstancias excepcionales... ella otorga el más profundo sello al paisaje rural. El medio natural, ciertas condiciones jurídicas, las actitudes colectivas locales e incluso el libre arbitrio individual proporciona la riqueza infinita de las formas de detalle" (p. 275)<sup>16</sup>.

\* \* \*

Es también a la utilización de la fotografía aérea como instrumento fundamental de trabajo, a lo que se refiere B. Bomer cuando estudia los paisajes rurales de la cuenca de París<sup>17</sup>. Su artículo es, ante todo, un

<sup>14</sup> Se trata de explotaciones, no de propiedades. El régimen general es la explotación indirecta con división de la propiedad entre varios arrendatarios.

<sup>15</sup> BRUNET, R., *Dunotieau dans les campagnes toulousaines*, en "Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest", t. XXVIII (Bordeaux-Toulouse, 1957), pp. 117-140 y 275-298.

<sup>16</sup> R. BRUNET ha unido a su artículo y a su carta, un hermoso mapa en colores que presenta nueve ejemplos típicos de morfología agraria según los métodos propuestos por P. BRUNET para el *Atlas de las estructuras agrarias de Francia*, actualmente en preparación. Pensamos igualmente que la indicación de la superficie sería tan útil como la del índice de alargamiento, y quizá más cómoda. El conjunto representa un corto pero rico trabajo.

<sup>17</sup> BOMER, B., *Paysages ruraux du Bassin Parisien méridional*, en "L'Information Géographique", Paris, 1958, pp. 55-67.

enfoque técnico de los métodos recientes de investigación en morfología agraria, para lo cual toma también como sustrato espacial una región de transiciones complejas. De la desigual dosis de los diferentes elementos del habitat, de las distintas formas de contacto entre los campos y de los diversos tamaños de las parcelas derivan numerosos matices regionales. Aquí también sólo la cartografía (1:200.000) a partir de la cubierta aerofotográfica (1:33.000) permite clasificar y localizar con precisión los distintos paisajes.

Bomer analiza el mapa de los *grandes tipos de parcelamiento*. El método se ha convertido en clásico en geografía agraria: los parcelamientos en tiras son definidos por su alargamiento (relación entre largo y ancho) más que por su longitud. El índice de alargamiento va de 4 a 10 ó 15. El mapa es elaborado en función de la combinación de ambos datos: la longitud y el alargamiento. Muestra la amplitud de los parcelamientos en tiras en las mesetas calcáreas cerealistas y en los *terroirs* de las cuestas y de los valles consagrados a la viña. El primer tipo es testimonio siempre de un mismo medio social: comunidades rurales de pequeños y medianos propietarios que explotan directamente sus tierras. Pero, lo mismo que en Baja Alsacia, "el trastorno de las condiciones económicas pesa en los medios sociales y hace de los parcelamientos en tiras de las llanuras, una forma arcaica y superada de ocupación del suelo". Por lo tanto, reagrupamientos culturales en curso se manifiestan al mismo tiempo que una creciente tendencia hacia la gran explotación. Esta evolución se traduce por la presencia de campos, más o menos macizos, enclavados. Ahora bien, los antiguos injertos de este tipo, en el siglo XVII y XVIII, son puestos en relación con las inversiones territoriales de burgueses "acumuladores de tierras". Y esta constatación despierta en Bomer inquietudes semejantes a las de Brunet: habría que buscar en las comarcas de llanura —escribe— "la fecha y las condiciones de colocación de las grandes explotaciones... sería igualmente importante advertir si la extrema división de los parcelamientos en tiras... no es solamente el resultado del impulso demográfico de los siglos XVII y XVIII y de la fragmentación paralela de las explotaciones" (p. 59). En los valles y las colinas, el parcelamiento en tiras es función directa de las especulaciones especializadas, como en el caso de la viña. La longitud de la parcela vitícola disminuye considerablemente (al igual que en Alsacia y en el bajo Jura), dado que los modos de cultivo son distintos y más intensivos. Esta estructura agraria corresponde igualmente a una sociedad rural de pequeños propietarios, constituida poco a poco desde la baja Edad Media.

Los *campos-bloques*, de grandes (200 a 500 m) o pequeñas (100 a 175 m) dimensiones constituyen la otra fórmula dominante de la morfología agraria de esa región. Ella abarca esencialmente medios repulsivos, tierras frías (suelos podzólicos sobre formaciones aluviales arcilloarenosas)



conquistadas tardíamente para el cultivo permanente. En Sologne y en Brenne (en el sur del valle medio del Loira) estas grandes piezas macizas dependen de granjas aisladas. Pero la misma fórmula sigue en una comarca calcárea como la Champagne del Berry. Esto a causa de que todas estas regiones constituyen "un dominio de grandes propiedades y de grandes explotaciones trabajadas por arrendatarios". Una vez más una misma estructura social crea una misma estructura agraria, en este caso el parcelamiento en bloque. En consecuencia, la conclusión de Bomer es aún más terminante que la de Brunet: "el mapa actual de los grandes tipos de parcelamiento coincide estrechamente con el de las estructuras territoriales . . . no parece que haya sido distinto en el pasado . . . Ninguna fatalidad proto-histórica, pues, ha decidido la repartición de los tipos de parcelamiento". Y el autor arremete contra "¡el mito siempre renovado de las civilizaciones agrarias!".

El mapa de los paisajes de *openfield* y de cercos muestra una prevista correspondencia entre campos abiertos y parcelamientos en tiras. Pero en realidad localiza sobre todo numerosas formas intermedias (cercos que afectan a 10, 30, 50, 80 % de los límites parcelarios). La evolución hacia el *bocage* parece reciente (desde hace 3 ó 4 siglos), ligada a los desmontes modernos y a los reagrupamientos progresivos de las franjas en *campos-bloques*. Pero muy a menudo no se advierte la explicación de similitudes o contrastes regionales. Esto se debe a que "la implantación del seto responde a actitudes colectivas menos estrechamente determinadas" a causa de la diversidad de los factores que se encuentran en su origen. Pero entonces, ¿dirigir demasiado exclusivamente la búsqueda hacia el problema de los cierres no es, en cierto modo, perderse en un callejón sin salida? ¿No es mejor extraer el mayor partido del estudio de los tipos de parcelamiento, expresión directa de los medios socioeconómicos que una investigación histórica bien conducida puede localizar y datar? Es la lección de este breve y penetrante análisis de Bomer. Destaquemos así que un progreso de la técnica de investigación (cartografía interpretativa a partir de la cubierta aerofotográfica) ha permitido un avance verdadero de la reflexión metodológica.

\* \* \*

Es esto precisamente lo que constituye el interés y el valor de la última tesis llevada a término por el Prof. Brunet. Los procedimientos más recientes de investigación han sido manejados para presentar la estructura agraria y la economía rural de las ricas llanuras cercanas a París. Es un trabajo nuevo tanto por su tema como por sus métodos. Nuevo porque, abandonando las comarcas de montaña o las regiones de vida rural tradicional, aborda resuel-

tamente las formas más modernas, más intensivas desde el punto de vista técnico y financiero, de la agricultura comercializada<sup>18</sup>: las grandes explotaciones, con rotación trigo-remolacha azucarera, de las mesetas limosas entre el Sena y el Oise. Sin duda es también el más voluntariamente geográfico por el plan de exposición, testimonio de una cierta elección metodológica. Nos limitaremos expresamente a este aspecto de la obra.

El punto de partida es doble: una representación cartográfica de la morfología agraria y una serie de fotografías aéreas de paisajes agrarios característicos, comentadas y analizadas. Brunet ha levantado dos mapas (1:200.000) a partir de la cubierta aerofotográfica, según el método elaborado por él mismo, que acabamos de exponer. El primero, clasifica y localiza los campos de acuerdo con su longitud; el segundo, según su forma, traducida por su índice de alargamiento. La mayor parte de estas llanuras está ocupada por grandes campos cuadrados (más de 300 m de lado) mientras que en los valles hay un parcelamiento mucho más menudo. Para definir este paisaje de campos abiertos, con un parcelamiento original, sin tiras, el autor propone el término de "*openfield-mosaico*". P. Brunet, por el contrario, se opone a establecer un mapa del paisaje agrario, de la organización de los *terroirs*, que no podría pretender la exactitud matemática de la representación del modelado agrario. Por lo tanto, presenta un conjunto de tipos de paisajes significativos aprehendidos por la fotografía aérea: 18 elisés son de este modo comentados con maestría. Es ésta una muy bella lección de geografía agraria. Un tercer y último elemento, la carta de la repartición de los tipos de habitat, permite, en fin, presentar en su totalidad geográfica el paisaje rural. El sello de conjunto es dado por el *openfield-mosaico*, campos cuadrangulares de una superficie comprendida entre 10 y 60 hectáreas, que rodean a pueblos concentrados de los cuales se separan a menudo algunas granjas aisladas. Los valles presentan en general un *openfield* en paños de parcelas paralelas, pero de acuerdo con modalidades muy variables.

Dado a conocer de esta manera el paisaje, Brunet emprende el estudio de su formación según un método resueltamente regresivo, remontando la cadena de la evolución. En primer término, los *campos-bloques* no son la obra del reagrupamiento oficial, demasiado reciente y limitado, sino de un verdadero reagrupamiento privado, cuyo testimonio es la separación entre el dibujo parcelario catastral y el *terroir* actual de explotación. Este paisaje corresponde directamente a la gran explotación: la comparación entre los mapas que lo representaban y los 6 mapas que localizan los distintos tipos de explotación, es terminante. "La organización espacial de las grandes ex-

---

<sup>18</sup> Las otras dos formas han sido objeto igualmente de tesis de geografía humana por PHILIPPONNAU, quien estudia el cultivo hortícola del suburbio de París, y por GALTIER, cuyo trabajo sobre el monocultivo vitícola del Languedoc no hemos recibido.

plotaciones explica la correspondencia con el *openfield-mosaico*... la gran explotación requiere vastas piezas de tierra. Pero no puede imponer este dibujo al parcelamiento de regiones enteras sino porque reina allí soberanamente" (pp. 93-94).

Ahora bien, esta gran explotación se encuentra vinculada a un tipo original de economía agrícola, técnicamente intensiva, que reposa en una rotación trigo-remolacha azucarera a los cuales se agregan forrajes artificiales para un reducido ganado sometido a estabulación. Diez cartas de la utilización del suelo dan testimonio de ello. El autor se dedica así, en una segunda etapa de su razonamiento, al análisis de esa estructura socio-económica. Señalemos de paso que, tratándose de una agricultura comercializada que exige inversiones considerables, el autor se entrega a un modelo de análisis de la estructura financiera de este tipo de explotación agrícola (repartición del capital, cálculo del rendimiento bruto, de los costos de producción y de los beneficios netos, por ejemplo) y de el armazón económica que la sostiene: red bancaria, equipamiento cooperativo, industrias de transformación azucareras, molineras y lecheras. La conclusión del estudio de la estructura social y demográfica no sorprenderá al lector familiarizado con el agro pampeano: "la contrapartida de la gran explotación agrícola es una sociedad rural poco numerosa y duramente contrastada", y también un poblamiento que recurre a la mano de obra extranjera. Se consultarán con interés los mapas de las grandes familias de arrendatarios, en general, y el de los flamencos en particular.

Antes de franquear una nueva etapa, el autor debe resolver un problema: la existencia de regiones que no ha podido ahogar la gran explotación. ¿Se produce esto a partir de condiciones naturales desfavorables para el desarrollo de la explotación capitalista? Dado que este desarrollo requiere "altos rendimientos y moderados costos de producción que permitan la acumulación de medios financieros". La segunda parte de la obra, pues, se consagra al análisis profundizado de las condiciones naturales. La comparación de los mapas da lugar una vez más a destacar "una notable coincidencia entre estos datos naturales y la repartición de los tipos de estructura agraria. El gran *openfield-mosaico* se superpone a las mesetas bien conservadas y cubiertas con los mejores suelos por su estructura y su poder de amortización de las variaciones climáticas". Sin embargo, numerosas anomalías invitan a considerarlo "como un fenómeno viviente que ha podido utilizar incompletamente o, por el contrario, desbordar las condiciones naturales que lo han favorecido" (p. 273).

Por esta razón, queda reservado a una tercera etapa el comprender cómo han podido formarse la gran explotación y la estructura agraria que le está ligada. El geógrafo se transforma en historiador y reconstituye la estructura agraria en el siglo XVIII, antes de la revolución agrícola, gracias a algunos



documentos precisos y auténticos. Partiendo de esta base, sigue, con la ayuda de numerosos ejemplos estadísticos y cartográficos, el proceso de concentración en los siglos XVIII y XIX, y la transformación de los *finages* por medio de los puntos de cristalización que constituían las grandes explotaciones dinámicas (cf. croquis de p. 307, de un "*finage* en vías de digestión por una gran explotación") en el clima de la revolución agrícola —magníficamente analizada en todas sus derivaciones. Sin embargo, el dinamismo de estas grandes explotaciones no se comprendería completamente sin la presencia muy cercana de París, cuya influencia, realmente, es más bien indirecta. La capital constituye un mercado financiero (cf. mapas de las tierras poseídas por propietarios urbanos) y un centro de irradiación de los progresos técnicos, circunstancias que favorecen una agricultura intensiva en grandes unidades. París representa un mercado de consumo que ha asegurado una salida cada vez mayor de una producción creciente, en el momento de la revolución agrícola.

Pero el punto de partida de esta evolución de las estructuras agrarias, bajo la influencia de la revolución económica de los últimos 200 años, ha sido fijado en el siglo XVIII. Queda al geógrafo, para ser completo, reconstituir el desarrollo anterior que ha creado las condiciones de tal transformación. Quizá es ésta la parte menos profundizada de la búsqueda del Prof. Brunet, expuesta en un capítulo que parece sobreagregado. Sin embargo, la síntesis es feliz, aunque el historiador se asombra frente a un plan sistemáticamente regresivo que ya no tenía, tal vez, su razón de ser. El autor advierte que, a pesar de la juventud de las formas económicas y sociales y del paisaje agrario dominante, "las regiones más transformadas son aquellas cuya ocupación es más prolongada". En la Edad Media ya los grandes señores laicos y eclesiásticos pudieron mantener como *reserva* vastos dominios en las mesetas; igualmente las grandes órdenes religiosas crearon —quizá más por compra y donación que por desforestación— explotaciones masivas. A partir de estas fundaciones, convertidas en grandes granjas aisladas en medio de vastas piezas de tierra, se propagó el *openfield-mosaico*, cuando las condiciones tecnoeconómicas hicieron resaltar su interés. Señores y grandes burgueses bajo el Antiguo Régimen, grandes arrendatarios luego, estos últimos, sobre todo, han realizado un paciente trabajo de reagrupamiento de las tierras.

En fin, hay que manifestar cuán agradablemente presentado es este gran libro. Una tipografía bien espaciada, un texto continuamente confrontado con más de 100 fotografías y croquis y con innumerables cuadros estadísticos que completan 45 páginas de anexos, una bibliografía clasificada, de 593 números, todo demuestra un trabajo tan concienzudo como fecundo.

Algo más. Nos parece que, para el geógrafo argentino, la lectura de una tesis referida a estructuras agrarias comparables, si bien en un medio totalmente diferente, podrá aportar elementos de investigación y de discusión extremadamente preciosos, y que para el hombre de acción, atento al desarrollo del agro argentino, el éxito y los problemas de las grandes explotaciones de las llanuras limosas de la región parisiense, darán lugar a muchas fructuosas reflexiones.

Despertar la inquietud de los investigadores hacia los múltiples paisajes agrarios que, más allá de una aparente uniformidad, se ofrecen a nuestra vista, así como evocar las vías y los métodos de la investigación francesa en geografía rural, tal quería ser la finalidad de esta crónica<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Hemos limitado expresamente esta presentación de las investigaciones francesas en geografía agraria, a los trabajos realizados en la misma Francia. Sin embargo, muy importantes estudios han sido llevados a cabo por otros investigadores en regiones del mundo totalmente diferentes. Citemos, por ejemplo, a MONBEIG, P., *Pionniers et planteurs de Sao Paulo*, Paris, 1952, 376 p.; BLANC, A., *La Croatie occidentale. Étude de géographie humaine*, Paris, 1957, 485 p.; DE PLANHOL, X., *De la plaine Pamphylienne aux lacs Pissidiens. Nomadisme et vie paysanne*, Paris, 1958, 495 p.; DEFOS DU RAU, J., *L'île de la Réunion. Étude de géographie humaine*, Bordeaux, 1960, 698 p. También cabe citar los numerosos artículos, publicados especialmente en la revista de Bordeaux, "Les Cahiers d'Outre Mer", que han renovado nuestro conocimiento del campesinado negro y de los problemas agrarios del África intertropical. Este conjunto de trabajos y muchos más en vías de elaboración amplían considerablemente nuestra visión y permiten comparaciones ricas en enseñanzas. Todas las obras citadas o analizadas en este artículo se encuentran en la biblioteca del Instituto de Geografía de Mendoza, donde pueden ser consultadas.